

mayor parte de vosotros, podrán los que se queden aquí explorar la isla, reconocer sus minas, adquirir grandes cantidades de oro, aprender el idioma de los indios, familiarizarse con sus costumbres y ser útiles de este modo á las nuevas expediciones que vengan aquí; porque no debeis olvidar que he tomado posesion de estas tierras en nombre de los reyes, que ya son tuyas, y que á vosotros toca defenderlas.

A partir de aquel momento, no pensó más que en realizar su idea.

Aquello era una transaccion con los deseos de los que le acompañaban; y comprendiendo que algunos debian sacrificar sus comodidades en aras del deber, se propuso buscar un medio equitativo para designar á los que habian de quedarse en la isla.

Capitulo XIV.

Fascinacion de Guacanajari.

Dispuso Colon, con gran alegría, que los suyos construyeran una especie de fortaleza en una altura que dominaba al mismo tiempo que el mar la isla, y mandó á los marineros que deshiciesen el casco de la *Santa Maria* y llevaran la madera á la costa, para construir con ella el castillo donde debian guarecerse los españoles.

Al informarse Guacanajari de los designios de Colon, al saber por los intérpretes que se proponia dejar á algunos españoles para defender á sus vasallos de las invasiones de los caribes, sus más mortales enemigos, su júbilo fué inmenso.

Los indios manifestaron igual satisfaccion, porque conservar á su lado aquellos hombres extraordinarios, y tener la seguridad de que no tardaria en

volver su jefe con nuevos guerreros y con navíos cargados de cascabeles y otras preciosidades, era para ellos la suprema felicidad.

Guacanajari dispuso que los indios ayudaran á los españoles á desarmar el casco del navío, y ellos se apresuraron á obedecerle con un celo inconcebible.

Los infelices ignoraban que labraban el yugo de una perpétua esclavitud.

En tanto que se edificaba el castillo, Guacanajari no cesaba de ver al almirante y de prodigarle las mayores muestras de su adhesión y de su afecto.

Para alojarle mandó adornar la mejor casa del pueblo, dispuso que cubrieran el suelo con hojas de palma, y amuebló la habitación con bancos de una madera negra y brillante que parecía azabache.

Como si estos agasajos no fueran suficientes, siempre que Guacanajari se hallaba en presencia de Colon le consideraba como un soberano suyo, y ponía en su cuello alguna joya de oro, no despidiéndose de él sin hacerle algun regalo de valor.

Tantas deferencias, tantos obsequios, no pudieron ménos de despertar en la mente de Colon la idea de que su naufragio habia sido un suceso providencial, porque sin él no se habria detenido en la isla, ni habria tenido noticia de las riquezas que encerraba.

Tal vez, como ya he dicho antes, habria conquistado otras regiones de la América; tal vez lo que consideraba como un premio podia ser en cierto modo un castigo, puesto que en aquella que le pare-

cia un tesoro, una conquista, un triunfo, fué donde más tarde llegó su alma á sufrir tormentos como no los habia sufrido ni durante sus largas pretensiones, ni en los instantes más desgraciados de su vida.

Pero Colon queria creer que era una dicha su detención en Haití, y para convencerse más y más de que no se engañaba, invocaba, al hablar á los suyos de su creencia, la circunstancia de haber naufragado mientras estaba en calma el mar y despues de haber dado órden para levar el ancla por la popa.

Iba más lejos todavía.

Pensaba que mientras iba á España á dar cuenta de su viaje, aquellos de los suyos que se quedasen en la isla reunieran en el castillo grandes cantidades de oro, lo suficiente para que en ménos de tres años pudieran los reyes realizar su pensamiento de siempre: la cruzada para la reconquista del Santo Sepulcro.

Tal maña y tanta priesa se dieron los españoles y los indios para la fabricacion de la fortaleza, que á los pocos dias, aunque tosca en la forma, se irguió airosa sobre las rocas que le servian de pedestal, rocas que parecian puestas allí para que dominase á un tiempo mar y tierra.

Terminada ya, quiso Colon, al mismo tiempo que dar gracias al cielo, ofrecer á los indios el solemne espectáculo del culto católico.

Habia pensado, desde luego, dejar á los que se quedaran en ella una imágen de la Concepcion esculpida en madera que llevaba en su camarote, y

cuando ya se dieron por terminadas las obras, mandó formar un altar delante de la fortaleza, y puso en él, bajo un dosel, la bellissima imágen de la Virgen.

Guacanajari y sus caciques fueron invitados á la cemonia.

Con ellos acudieron multitud de indios de todas partes, los cuales, á alguna distancia, observaron con la mayor atencion las ceremonias que hacian los españoles.

La imágen de la Virgen se destacaba sobre el dosel.

En torno del altar, vestidos con sus mejores trajes, se colocaron unos cuantos españoles haciendo la guardia de honor.

Los demás se formaron en dos filas, dejando á Colon, á Guacanajari y á los caciques espacio para que se acercaran hasta el altar.

En el momento en que llegó Colon, se prosternó ante la imágen.

Sus compañeros le imitaron, y los indios hicieron lo mismo con las mayores muestras de emocion.

No les acompañaba ningun sacerdote, y no pudieron celebrar el sacrificio de la misa.

Pero todos á una entonaron la Salve, en tanto que Guacanajari fijó los ojos en la Virgen, cuya expresion era, en efecto, de una pureza sobrenatural.

Habia terminado ya la Salve.

Todos se habian levantado, y Guacanajari permanecia

necia aún de rodillas, sin separar sus ojos un instante de la Virgen y sin atreverse á mirarla.

Estaba en un momento de éxtasis.

No podia explicarse lo que le pasaba.

Una emocion inmensa llena todo su sér.

La música marcial de los españoles le sacó de su abstraccion.

Los españoles llevaron en procesion la imágen á la fortaleza, y concluyeron de pasar el dia celebrando con un banquete la terminacion de las obras.

Guacanajari se despidió de Colon, y el almirante notó en su rostro una nube de tristeza.

¿Qué podia ser aquello?

Al pasar rodeado de sus caciques por delante de los indios, éstos observaron tambien que padecia.

En la existencia de aquel rey de los reyes se habia obrado un gran cambio.

Los que estaban acostumbrados á leer en sus ojos la bondad, descubrian la desesperacion y el dolor.

¿Qué habia pasado?

Su maravilloso cambio, la emocion que experimentaba, era hija de una fascinacion extraña.

Guacanajari habia sentido al contemplar aquel ideal de la belleza—que un escultor inspirado por el sentimiento religioso habia producido—una sensacion que no podia explicarse.

Un amor puro, entusiasta, vehemente, habia llenado su alma.

Aquella imágen era superior á la idea más grande de la belleza que habia podido figurarse.

No comprendía, no podía comprender lo que era, ni lo que representaba.

Había visto un objeto que le había fascinado por completo, que le había arrebatado, que le había inspirado una adoración sin límites.

Y, sin embargo, amaba á Ainaima, la madre de sus hijos.

A Ainaima, su cariñosa compañera, el alma de su alma.

—No, no hay duda,—se decía Guacanajari,—el espíritu del mal se ha apoderado de mí. ¿Por qué habré amado á Ainaima? ¿Por qué habrá gozado mi corazón al recibir de sus manos los hijos que nos ha dado el cielo?

Apenas se separó de Colon, se dirigió á su morada y mandó á todos que le dejasen solo.

¡Parecía mentira que sufriese el que tenía á su lado á los enviados del cielo, á los que debían defenderle de las invasiones de los caribes, á los que representaban á sus ojos la Providencia!

Y sin embargo, el sufrimiento le hacía desear la soledad.

Lejos de todo el mundo, recostado sobre las hojas de palma que se extendían en el suelo de su habitación, trató en vano de alejar de su vista la visión que le perseguía.

Ainaima observó su dolor.

Con paso imperceptible para no distraerle llegó hasta él, le contempló con interés, se sentó á su lado, quiso adivinar en sus miradas los sentimientos que

luchaban en su corazón, y sólo consiguió participar de su amargura.

El resto del día, toda la noche, la mañana siguiente, trascurrieron para Guacanajari sin que pudiera cerrar los ojos, sin que Ainaima se apartase de su lado.

Pero oíd al espíritu de Guacanajari contando la impresión que había producido en él la imagen y explicando á su modo la adoración que le habían inspirado, porque la tomó desde luego como un sér humano.

«Había oído,—decía,—una armonía celeste, más dulce que el gemido del ruiseñor y los cantos de las vírgenes de Haití.

»Todos estaban arrodillados y mi pueblo bendecía igualmente al Dios de los guerreros.

»Sobre el altar había una mujer más hermosa que el sol y que la luna.

»Sus ojos eran ardientes como la llama divina, y dulces como los de la paloma.

»Su frente era serena como el cielo al medio día, pura como un lago sin fondo.

»Su boca era sonrosada como la flor del mamej.

»Sus dientes blancos como la espuma del mar.

»Sus cabellos, negros como el ébano, caían formando trenzas hasta su cuello.

»Su figura era esbelta como la palmera.

»Sus manos blancas como las flores del espino.

»Al verla mi corazón se conmovió y la bendije.

»Fijé mis ojos en los suyos; su mirada era dulce, expresiva, amorosa.

»Al separarme de ella venia conmigo.

»Al cerrar los ojos para no verla, la veia más y más.

»Durante las horas de insomnio y de lucha pasaba ante mí como las nubes por la cima de las elevadas montañas.

»Presintiendo que iba á ser victima de la fatalidad, maldecia hasta el primer instante feliz de mi vida, el instante del nacimiento de mis hijos.

»El aire me sofocaba y una inquietud terrible llenaba mi mente.

»¡Ah! desde entonces aborrecí la luz; el silencio, la soledad eran mis compañeros.

»La noche perdió su calma para mí; el cielo no me sonrió y hasta las flores perdieron su color, su aroma.

»Una lúgubre melancolía abrió su sepulcro en mi corazón.

»No deseaba oír más que el gemido del pájaro agorero, el monótono ruido del torrente, y porque deseaba la muerte fui á refugiarme en la caverna de Cazibaxagua.» (D)

Presas de esta inquietud, de esta angustia, en vano le preguntaba Ainaima cuál era la causa de su martirio.

Guacanajari dejaba sin respuesta sus preguntas.

¡Inconcebible amor el de Guacanajari!

Pero como el aroma de las flores que bordaban

los plateados arroyuelos, tenia, sin embargo, toda la intensidad de una pasión.

En sus horas de insomnio la veia; cuando, cediendo al cansancio, cerraba los ojos se le aparecia en sueños, y hasta le hablaba en su propio idioma y hasta le prometia tesoros de amor.

¡Pobre loco!

El rey amante de sus vasallos; el padre tierno y amoroso de aquellas tribus; el hombre feliz habia perdido la tranquilidad, era el más desgraciado de los mortales, habia abandonado á sus hijos; comprendia que al abrigar en su corazón aquel amor cometia un delito, y desesperado, solo ansiaba la muerte.

Pocos dias despues del en que se celebró la ceremonia, su rostro estaba mustio como las hojas de los árboles que arrebató el viento del otoño en su carrera.

Buscando el olvido, apenas tendia su manto la noche abandonaba su morada, recorría los valles, los bosques, trepaba á las colinas, y en todas partes le perseguía la vision.

—¿Por qué, por qué,—exclamaba,—no me arrebató de su lado, en el momento en que la veia por la primera vez, el ángel de la muerte para llevarme al sepulcro?

La única esperanza que le quedaba era la de poseer á cualquier precio aquella imágen, y calmar su ansiedad contemplándola.

La fiebre puso á Guacanajari á las puertas de la muerte.